

Límites de la formalización en psicoanálisis.

Caamaño, Verónica, San Miguel, Tomasa y Ulrich, Guillermina.

Cita:

Caamaño, Verónica, San Miguel, Tomasa y Ulrich, Guillermina (2016). *Límites de la formalización en psicoanálisis. Los límites de la clínica, 1, 556-559.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/veronica.caamano/39>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/paa4/oBy>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

LÍMITES DE LA FORMALIZACIÓN EN PSICOANÁLISIS

Tomasa San Miguel, Verónica Caamaño, Guillermina Ulrich

Introducción

Interrogar los límites de la formalización en psicoanálisis pareciera de entrada un camino estrecho y poco entusiasta, sin embargo nos hemos encontrado en este trayecto con la posibilidad de resituar el diagnóstico en psicoanálisis desde una nueva y prometedora perspectiva. Sobre todo si articulamos este interrogante con la importancia de una nosología sostenida en una psicopatología psicoanalítica. Consideramos que las categorías de “borderline” cada vez más presentes en las discusiones psicoanalíticas pueden ser pensadas en función de este planteo. Nuestra lectura propone que dichos límites de la formalización se hallan en estrecha relación con la conceptualización de la estructura subjetiva a partir de la lingüística. Por eso, ¿qué implica la noción de borde en términos estructurales?, ¿se trata de un concepto diagnóstico? Más aún, ¿es la clínica la que nos lleva a esta categoría –si lo fuese- o la imposibilidad de delimitar estos casos en un tipo clínico? Quizás dicha imposibilidad responde, en realidad, a la impericia del analista en el manejo de las nociones psicopatológicas en la transferencia. Y tomando esta vertiente, ¿no será que ha faltado tiempo en el despliegue de la transferencia, y por lo tanto de la estructura, para realizar un diagnóstico estructural?

Lacan dice en el Seminario 3, y conviene agregar que es el Seminario donde plantea casi con exigencia rigurosa el diagnóstico estructural, que en el fenómeno se lee la estructura. Ahora bien, ¿es lógico mantener dicho axioma a

partir de la inclusión, en la última enseñanza, de la lógica nodal? ¿Qué valor le daremos a la “apariencia” neurótica o psicótica de determinados síntomas? ¿Cómo articular esta cuestión a la formalización de la escritura de la estructura en tanto ella adquiere un estatuto de “demostración” más que de “mostración” en la perspectiva nodal?

Entonces, frente a los nuevos síntomas ¿se trata de “estirar” las estructuras, planteando bordes, zonas de intersección, zonas difusas, o conviene cuestionar el concepto de estructura?

Una revisión del concepto de estructura

Revisar el concepto de estructura en la obra de Lacan ha sido un trabajo de gran apertura para repensar la psicopatología. Encontramos dos grandes momentos en la enseñanza de Lacan: en un primer momento la estructura se define por estar constituida a partir de un agujero leído en términos de falta, en cambio hacia el final de su obra ese agujero se concibe como vacío. Postulamos que es la versión de la pérdida o agujero original en términos de falta lo que lleva a la infinitización de la nosología y psicopatología psicoanalítica. Aspecto que creemos que es mejor abordado si postulamos el agujero de la estructura en términos de vacío, lo cual lleva a reformular la noción de Otro, de lenguaje como elucubración de saber sobre la lengua y de Uno.

Esta lectura nos permite revisar la noción de transferencia y función del analista, situando que la transferencia es del analista, es él quien ama al inconsciente, le supone la posibilidad de leer, pero sobre todo es donde puede escribir un significante nuevo, ya que el saber se inventa. Pensar el diagnóstico

como nominación implica una operación que toca lo real y que parte del encuentro de cuerpos, en oposición a cualquier afán clasificatorio ya que “poner nombres a las cosas” nos lleva a la infinitización, en tanto el nombre intenta suturar el agujero que constituye la estructura, en lugar de cernirlo.

El analista, en su función, según Lacan “encuerpo”, puede ofrecerse lo suficientemente ahuecado de su fantasma para re-inscribir las trazas de ese parlêtre, logrando un nuevo invento para el traumatismo de la lengua.

La cuestión que nos ocupa ahora es ver cómo desde esta perspectiva podrían formalizarse la nosología así como también los efectos de un tratamiento. Abordaremos tanto la formalización simbólica como la nodal, desembocando en la poesía, como un modo de “dar razones” articulado a la “reson”; resonancia de los cuerpos y el decir.

La estructura conceptualizada bajo la primacía simbólica, se constituye por un mecanismo que la funda: forclusión o inscripción del Nombre del Padre como significante primordial. Las estructuras psicopatológicas quedarán determinadas, desde esta perspectiva estructuralista, en función del entramado particular de los mecanismos de formación de síntoma, las modalidades del deseo y del goce en tanto efectos de la estructuración constitutiva del sujeto dividido. Allí se situarán los tipos clínicos que configurarán la psicopatología psicoanalítica, aunque cada caso singular muestre luego aquello que no se deja atrapar en las categorías nosológicas. Es el lenguaje aquello que sostiene la definición de estructura, en tanto se define como un conjunto de elementos diacríticos articulados por la diferencia y oposición entre los elementos significantes que la conforman. Formalizar las estructuras psicopatológicas con

las coordenadas de la lingüística tiene como consecuencia que los tipos clínicos se definan como distintas respuestas frente a la falta del Otro y su articulación al falo como significante de la falta.

Ahora bien, con el correr de los años Lacan incluye la noción de tiempo y ya en el Seminario 5 explica la función paterna en el despliegue de los tres tiempos del Edipo anudando la vertiente lógica y cronológica del tiempo. En este punto, al disolverse la oposición estructura versus evolución, se abre la vía para cuestionar el concepto de estructura. Por otra parte, a partir de la inclusión del objeto *a* en la teoría, y el abordaje topológico de superficies en el Seminario 9 hallamos un movimiento que implicará re-definir al Otro, y esto tendrá como consecuencia una nueva luz sobre el concepto de agujero. Con el Seminario 16, el Otro se vuelve inconsistente y se pasa de la lingüística a la lógica de la mano de Gödel, antecedente necesario para arribar a la topología nodal. Se consolida una nueva formalización del sujeto, como re-inscripción en el Otro de las trazas que lo constituyen, resultado del encuentro de cuerpos. Se trata allí de la constitución del sujeto a partir de inscribirse en ese Otro al tiempo que se constituye el objeto *a*. Fuertemente creemos poder situar en este punto la constitución subjetiva respecto del vacío y no de la falta.

Lacan aclara en este Seminario que “no hay elección”: el sujeto es tanto pasivo como activo y su estructura dependerá de lo que le ha sido ofrecido respecto del goce, el deseo y el saber. Ofrecimiento que le dará, cada vez, la opción de posicionarse respecto del Otro, el otro, y el cuerpo. Movimiento alentador para pensar el tratamiento ya que creemos que esa inconsistencia del Otro ofrece un nuevo lugar para el analista; ofreciendo una posibilidad para la invención y concibiendo el análisis como aquello que “ventila los afectos” (5,

p. 77). La orientación del analista implicará mantener al nudo como borromeo, es decir, que ninguna cuerda pase por el agujero de la otra, no obturando el agujero, sino preservándolo en términos de vacío, para que se constituya el deseo del analista en tanto “encuerpo” y el parlêtre como efecto de palabra.

Estructura y tiempo

Será la noción de tiempo, a la luz de los desarrollos de la física, la que nos permitirá revisar la nosología imperante al momento. Por eso en este apartado nos ocuparemos de abordar el concepto de estructura con la lógica del vacío. Nos serviremos para ello de las formulaciones planteadas por el físico contemporáneo Ilya Prigogine respecto del concepto de estructura.

En el Seminario 19 Lacan especifica el “calce del nudo” situando al objeto como vacío, consecuencia de revisar la cuestión de la demanda y el deseo a partir de la frase “te pido que rechaces lo que te ofrezco porque no es eso” (3, p. 80). La homogeneidad de los tres registros tiene como soporte la lógica nodal. Luego, en el Seminario 22, concluye que el nudo es lo real en tanto demuestra lo imposible. Tenemos allí dos vertientes: la mostración en términos de aplanamiento del nudo y la demostración como operación lógica que concierne a lo real que, aunque es lo imposible de escribir, se circunscribe en una escritura de lo posible.

Finalmente dirá que el nudo es la estructura. La formalización -escritura de la estructura vía los nudos-, da cuenta del concepto de agujero y de lo imposible. En términos topológicos el nudo incluye la noción de tiempo ya que es el trenzado de los tres registros y de un cuarto, como suplencia, que puede

ser ocupado por algún elemento que tenga función de nominación. Los nudos le permiten a Lacan escribir, formalizar un vacío, a partir de la nominación.

Formalizar la estructura desde la perspectiva topológica, incluyendo la dimensión temporal, nos permite retomar el interrogante del que parte nuestro trabajo, esto es, definir los “bordes” en la clínica.

Sorprende que en el Seminario 24 Lacan abra las cuerdas poniendo en continuidad imaginario y real para decir que allí es lo simbólico, la función parlante, lo que aísla al hombre escribiéndolo como un círculo cerrado. Nos topamos aquí con conceptos matemáticos que preferimos no seguir de largo. Más bien serán las definiciones de conjuntos abiertos y cerrados las que nos llevarán a revisar los bordes de la clasificación psicoanalítica.

Un conjunto abierto, en topología y otras ramas de las matemáticas, es un conjunto en el que todos y cada uno de sus elementos están *rodeados* por elementos que también pertenecen al conjunto; o, dicho de una manera más intuitiva, que ningún elemento de dicho conjunto pertenece también a la frontera de éste. En términos más rigurosos se dice que en cualquier elemento del conjunto puede centrarse una bola abierta que está totalmente contenida en el conjunto. Se puede generalizar el concepto de ‘bola’ como los elementos que están muy cerca de otro en cualquier dirección, rodeándolo, pero para ello es necesario definir una función distancia que permita evaluar la lejanía o cercanía entre los objetos del conjunto, constituyendo así un espacio métrico —un conjunto más una definición de distancia en él—. (1)

En otras palabras, el conjunto abierto se articula con la noción de entorno, un conjunto será abierto si todos sus puntos son interiores; entorno de

todos sus puntos. En cambio, el conjunto cerrado contiene frontera, delimitándose un adentro y un afuera. Frontera o borde es una propiedad del conjunto cerrado. Punto compartido entre el conjunto y el complemento del conjunto. Entonces: ¿conviene definir la estructura como un conjunto cerrado o la inclusión de la topología nodal nos permite pensarla como un conjunto abierto?

Prigogine plantea su interés científico en torno de los fenómenos irreversibles, cuestión que había quedado relegada tanto por la física cuántica como por la física clásica. Los procesos irreversibles ponen en juego los conceptos de estructura, función e historia, de allí nuestro interés en su planteo. Según el autor, “en condiciones alejadas del equilibrio, la materia tiene la capacidad de percibir diferencias en el mundo exterior y de reaccionar con grandes efectos a pequeñas fluctuaciones”, (6, p.11) y agrega auspiciosamente que “el no equilibrio constituye el dominio por excelencia de la multiplicidad de soluciones” (6, p. 50). El concepto que define los fenómenos irreversibles es la entropía interna que se corresponde con dos elementos dialécticos: un elemento creador de desorden y uno de orden; ambos ligados. Esto implica un cambio de paradigma, ya que clásicamente se asociaba el orden al equilibrio y el desorden al no equilibrio, siendo este el caso de la turbulencia. Hoy sabemos que esto es inexacto: la turbulencia es un fenómeno altamente estructurado, en el cual millones y millones de partículas se insertan en un movimiento extremadamente coherente. Turbulencia es sinónimo de torbellino para la física contemporánea. El universo se crea a partir del torbellino que deviene del agujero. El torbellino no tiende al equilibrio y sin embargo mantiene una coherencia.

Desde esta perspectiva la irreversibilidad es fuente de orden, coherencia y organización. Es un concepto fundamental para los sistemas de auto organización espontánea, el autor sostiene que: "...bajo el signo de la recuperación de la importancia del tiempo y de los procesos irreversibles se puede reconstituir una nueva alianza entre el hombre y la naturaleza" (6, p.13). Nos interesa subrayar el vínculo que Prigogine propone entre la naturaleza y el hombre, ya que considerando que "el hombre forma parte de esta corriente de irreversibilidad que es uno de los elementos esenciales, constitutivos, del universo", se acentúa y anuda la interrelación necesaria entre el hombre y la naturaleza, cuestión que Lévi- Strauss ya había corregido planteando el lazo entre naturaleza y cultura como base del estructuralismo. Creemos que Lacan retoma este punto cuando dice que el cuerpo es "continuidad imaginario-real" en el Seminario 24.

La propuesta de Prigogine lleva a "una drástica revisión del concepto de tiempo que en la ciencia actual ya no es solamente un parámetro del movimiento, sino que «mide evoluciones internas hacia un mundo en no-equilibrio»" (6, p.15). Esto conduce a delimitar las estructuras disipativas, caracterizadas por estar alejadas del equilibrio, sin por ello carecer de coherencia. Son estructuras abiertas cuyos movimientos presentan una lógica, pero que se eximen de la posibilidad de anticiparlos y formalizarlos como universales.

Concebir la estructura como efecto de alojar el agujero en términos de vacío permite considerarla como un conjunto abierto donde el concepto de tiempo y entropía aguardan y resguardan los movimientos propios de la estructura. A propósito de esto, Francois Jullien realiza un estudio filosófico

sobre el tiempo destacando la importancia del momento como aquello que no se mide en términos cronológicos, más bien dice que el “momento no tiene comienzo ni fin sino que se abre y se cierra; no se define por sus extremos sino que profundizándose se rodea de umbrales y de grados (...) Mientras que todo lapso de tiempo es finito, el momento es algo infinito –es decir, es cuando la vida encuentra su sola dimensión indefinida- es algo inagotable” (2, p.136). La flexibilidad de las estructuras disipativas permite incluir presentaciones clínicas muy disimiles, a la vez que necesariamente invita a reformular la tarea del analista en tanto “atractor” de estos movimientos, ya que con la escritura de lo nuevo permitiría la fluctuación de nuevos movimientos, dando lugar a “múltiples soluciones” (6, p. 50).

Finalmente, el concepto de agujero no queda atado a la noción de bordes sino de fuerzas lo cual nos sirve de punto de apoyo para articular el límite de la formalización ahora respecto del imposible.

Lo que escapa a la formalización: matema y poesía

El psicoanálisis es una experiencia. Formalizar una experiencia, equivale a intentar transmitirla. ¿Qué se transmite? “Escribir de la experiencia equivale, literalmente, a circunscribir y a circunvolar” (7, p.11). Lo que implica que se bordea algo que resta o escapa una y otra vez a ser formalizado.

En su tomo II dedicado al Zen, Alberto Silva aborda el concepto de experiencia, en un recorrido que propone desandar o *des-aprender* en el sentido foucaultiano del término, los saberes previos respecto a este concepto. Define la experiencia como acontecimiento y propone dos líneas de pensamiento que forman parte del denominado sentido común, o vulgata

occidental. Una que denomina convencional y otra intempestiva. Resulta interesante que no ubica al zen en una u otra, sino en un “entre” siempre dinámico, en una oscilación que nunca se detiene.

En el nivel del discurso uno se acuna, comprende rápidamente y es de esto de lo que hay que cuidarse según advierte Lacan en más de una oportunidad. Es interesante porque en este sentido no hay una valoración de los discursos, no hay uno mejor que otro, todo discurso es del semblante y por ende adormecedor. Ahora bien, ¿cómo formalizar la experiencia fuera de discurso? Los grafos, esquemas, cuadros, nudos son aparatos de formalización con los que Lacan pretende purificar de sentido la transmisión del psicoanálisis. Dichos aparatos de formalización están acompañados desde el principio por las pequeñas letritas que recién en 1971 nombrará como matemas, definiéndolos como vía de transmisión del psicoanálisis en lo tocante a lo inefable de lo *Real*.

Sería ilusorio, entonces, atribuirle al matema una transmisión integral y purista, fuera de la lengua. El intérprete, el lector cobra un valor fundamental introduciendo la equivocación en la transmisión del psicoanálisis. Acercándose, porque no, al trazo japonés definido como accidente controlado, no pudiendo ser corregido y residiendo allí su valor de acto.

Entendido así, el matema lejos de ser prueba o verificación, escribiría más bien la incompletud de la formalización, un abordaje de lo real siempre en espera, puesto a prueba en su dimensión inconmensurable (8). Matema en la lógica del significante que no se significa a sí mismo, diferencia de la formalización matemática. Lo que excluye todo manejo del matema como

discurso del amo. Se trata entonces de una formalización siempre agujereada por lo real.

El límite del matema sería, para Lacan, que excluye el estilo de cada uno. En ese sentido propone la poesía como modo de transmisión. La poesía, en tanto letra que bordea lo simbólico y lo real, escribe una traza equivocándola en el cuerpo del oyente. Así Lacan define al analista como “conveniente retor” en el Seminario 25 en tanto puede, con su voz, conmover a los oyentes.

Ubicamos dos modos de dar cuenta de la experiencia sirviéndonos de la formulación de Lacan presentada en Sainte Anne. Una vía es la razón (raison), que el analista de razones, testimonia de su práctica vía un saber transmisible, de una enseñanza y de su posición allí. Y otro modo, articulado a la resonancia, resonancias como modo de ahuecarse y ahuecar, en la falla de un encuentro. Esa vía es la poesía y hace a lo que en el psicoanálisis cada uno debe inventar porque eso es más bien intransmisible, un saber fastidioso en tanto nunca hace técnica ni manual. Efecto de la resonancia, que en tanto tal toca el cuerpo (4, p. 59).

En cuanto al diagnóstico se trata de dar cuenta del modo de anudamiento, dentro de cada tipo clínico, del cuerpo, la palabra y el goce. La pregunta es si esta construcción responde sólo al saber de la razón, de la formalización o incluye el saber Imaginario-Real que se extrae del encuentro. Lacan propone que el discurso analítico se soporta de esos primeros encuentros, de un saber que de allí decanta y no es proposicional, es encuerpo, en tanto resonancia.

La operación diagnóstica decanta del encuentro de cuerpos. Si afirmamos que la clínica psicoanalítica se realiza bajo transferencia, y los signos son signos de un sujeto y no de una enfermedad, y definimos la transferencia como el analista enamorado de su inconciente en tanto real -ranura por la que pasa un real-, debemos delimitar el diagnóstico como agujereado, que, lejos de etiquetar, escriba una nominación que resguarde el punto de agujero donde se constituye lo singular del hablante ser. En tanto nominación, hace de cuarto, suple el ausentido de la relación sexual y también nomina, escribe la imposibilidad del todo.

Bibliografía

1. Chamizo Lorente, F. (2004): *Topología*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 2004.
2. Julien, F. (2001): *Del «tiempo» Elementos de una filosofía del vivir*, Arena Libros, Madrid, 2005.
3. Lacan, J. (1971-72): *El Seminario, libro 19: ... O peor*, Paidós, Buenos Aires, 2012.
4. Lacan, J. (1972-1973): *El Seminario, libro 20: Aún*, Paidós, Buenos Aires, 1998.
5. Lacan, J. (1976-77): *El Seminario, libro 24: Los no incautos yerran, inédito*.
6. Prigogine I. (1988): *El nacimiento del tiempo*, Tusquets Editores, Buenos Aires, 2012.
7. Silva, A. (2012): *¿Qué decimos cuando decimos experiencia?*, Bajolalunaensayo, Buenos Aires, 2012.

8. Sous, J.L. (2009): "*Los pequeños matemas de Lacan. Siete estudios seriales de Psicoanálisis*", Letra Viva, Buenos Aires, 2009.